

Intervención de EUGENIO NEMBRINI en la Escuela Obras de Caridad

24 de octubre de 2009

Obras de caridad al servicio de la libertad

Eugenio Nembrini

Permitidme, antes de iniciar, comentar algo de estos días. Esta semana ha sido para mí muy intensa por la enfermedad, la agonía y la muerte de Giorgio Pontiggia. Me impresionó cuando, en la homilia, Julián Carrón, recordó que este era el último regalo que don Giorgo nos ha hecho. Su muerte ha sido el último gran regalo porque ahora es mucho más claro y más evidente lo que realmente vale en la vida: este misterio del que hablamos, por el que experimentamos afecto, al que a veces todavía sentimos lejano. Ante un acontecimiento así es más claro; interroga el corazón de cada uno de nosotros. De hecho si hay algo de lo que no se puede volver atrás es de la experiencia. Esta palabra que ya nos suena está todavía muy presente como palabra, tiene que convertirse en mirada, en la normalidad de nuestra vida y de nuestro trabajo, de nuestro trabajo en una obra.

Cuando me pidieron que hablara pensé, ¿de qué puedo hablar si no es de mí? El tema de la escuela es: "Al servicio de la libertad", pero de lo único que puedo hablar es de quién soy yo, de lo que hace que yo ame la vida. Que desde hoy realmente se ponga en movimiento y se juegue la libertad de cada uno de nosotros.

No quiero definir nada, ya lo veréis. No tengo ninguna preocupación por definir o dar criterios para que nuestras obras sean más libres de lo que ya son.

Hoy empezamos un trabajo, precedido ya por un grandísimo trabajo. Estos días he releído los encuentros que ya habéis tenido con Carrón, con don Pino y con Giorgio Vitadini. Pero ¿qué se puede añadir? Lo único que podemos añadir es si todos estamos dispuestos finalmente a no escondernos.

A no escondernos, no en la obra, sino en la realidad, en la vida. Me gusta decir a todos mis amigos: cuando llega la noche y estás delante del espejo -cuando ya no hay nadie, no está el jefe, tu marido, tu hijo, estás tú solo. Tú y el silencio de ese instante. Tú y el esfuerzo que has realizado durante el día- pregúntate: ¿estoy seguro y contento de que Otro me haya aferrado? ¿soy libre? Es decir, ¿estoy cada día más conmovido ante la presencia de Otro, de este Tú que me crea en este instante?

Este es el nivel de la experiencia que me interesa. Ahora no me interesan los demás. Estoy descubriendo que es el afecto a uno mismo lo que hace que se pueda abrazar todo, si no, es imposible abrazar todo. Un abrazo, dos brazos que se abren por afecto o por que experimentan un bien. Sólo esto permite que este abrazo abarque el mundo entero.

Pensé, entonces, ¿qué les digo? Y me encontré frente a cuatro palabras y hablaré de las cuatro porque si no, no se entiende la libertad: obras de caridad al servicio de la libertad.

“Obra”: yo soy el director de una obra educativa. Además están las obras de caridad, las obras sociales, las deportivas, las non profit. ¡Ya no entiendo nada! ¡No puede darse una esquizofrenia de obras!

Me fui a leer con calma la creación del mundo, la obra de Dios creador, la gran obra de Dios en la historia. Al final de cada obra, el cielo, las estrellas, el firmamento, la tierra, los animales, se afirma: “Y vio Dios que estaba bien”. Cuando crea al hombre y le confía toda su obra, toda la creación dice el génesis: “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien”. Me di cuenta entonces que la obra de Dios completa es el hombre, toda la obra de Dios en la historia existe por este afecto infinito a mi persona, a este hombre, a este ser pequeño, frágil, débil. Hay salmos estupendos que relatan que Dios lo ha creado todo y me lo ha confiado a mí. ¿Por qué? ¿Por qué todo este mar de cosas?

En el antiguo catecismo de Pío X que se estudiaba antes había una frase sencillísima y muy bella que no podemos olvidar. ¿Para qué nos ha creado Dios? Para conocerle, amarle y servirle en esta vida y gozar de Él para siempre en el Paraíso. La obra de Dios tiene esta finalidad. Que le podamos conocer, amar y servir en esta vida y gozar de Él para siempre en el Paraíso.

Entonces ya me cuadraban las cosas. Mi madre o mi padre ¿qué obra han construido? Aunque con diez hijos..., una buena cooperativa, una casa de acogida. Todos los enfermos que hay en el mundo y a los que tal vez vosotros cuidáis ¿qué obra están llamados a hacer? Vivir. Me daba cuenta que el hombre es realmente el punto consciente de la realidad que se da cuenta de ese Tú que está en el origen de cada cosa. Porque todas las cosas que ha hecho Dios, las cosas que Dios ha creado no tienen conciencia. Nosotros sí, yo sí.

Tenemos esta posibilidad, es nuestra característica, reconocer este Tú que está en el origen de todas las cosas. En el origen y también en el origen del instante presente, las sostiene ahora. Esto es lo que creo que podía decir que es un hombre que trabaja, “cabemos todos dentro”.

Las obras concretas, las que vosotros hacéis y que son un testimonio impresionante en el mundo, son la realización de un fruto maduro -como una flor que puede estar o puede no estar, nos lo pueden dar o nos lo pueden quitar- de un hombre que trabaja de esta manera. Tanto es así que Dios, para que hubiera un hombre en la historia consciente hasta el fondo de esto, mandó a Jesús. Un hombre que de cada instante de su vida ha hecho de esta relación con el Padre, con el Tú, la fuente, el origen, la finalidad, de todas sus acciones. Los amigos de Jesús, desde hace 2000 años, participan de esta conciencia, de esta mirada, de esta atracción, de esta conmoción. Obras de caridad al servicio de la libertad, es el título, vamos a dejar la confusión.

Obras de caridad, hemos oído de todo en relación con la palabra caridad. No sólo fuera de aquí, también en las sedes de la CdO: amistad, compañía, solidaridad, ayuda. Poned lo que queráis, que como sabéis muy bien en la mentalidad común, la acepción normal de la palabra caridad, la que más se usa, incluso dentro de la Iglesia, es hacer una obra buena para un pobre Cristo, al cual nadie hace ni puñetero caso.

A veces nosotros no estamos muy lejos de esta mentalidad, porque a esta idea le añadimos muchas cosas, la organización etc, pero al final tenemos la misma concepción que los demás.

Pensando en esto, me fui a leer el Himno a la caridad de San Pablo -que os animo a que lo volváis a leer-, lo conocemos todos. Esta vez, me ha impresionado una palabra que se me había escapado otras veces. ¿Os acordáis del himno? “Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo la caridad, nada me aprovecha”.

Lo que más me ha impresionado es “nada me aprovecha”, ese “me”, “a mí”. Antes pensaba que si uno hace todo esto sin caridad no le sirve a nadie, no le sirve a los demás, pero esta vez me ha conmovido que “no me aprovecha a mí”. Si todo lo que haces no es para ti, si no es afecto al Misterio, tu libertad que reconoce al Misterio presente, quizás sirva a alguien, sí, es mejor tener comida que no tenerla, es mejor tener un techo que no tenerlo, es mejor tener dos euros que uno, es mejor tener a alguien que te quiera, que no, mejor tener una familia que no. Está claro, pero a ti no te produce un instante de libertad y de alegría. Ayer mientras pensaba en esto, me quedé completamente sorprendido. Por eso os decía que el problema no son los demás. La única posibilidad de bien para el mundo es que la libertad sea una experiencia real. La única posibilidad de bien para el mundo es un hombre libre, es decir, que esta experiencia de bien, de alegría, de libertad, empieza a ser tuya.

Igual que cuando tienes mucha sed y bebes una cerveza o un vaso de agua fresca. ¿Tenéis presente ese instante cuando estáis bebiendo? Es muy poco, pero todo tu ser está atravesado por ese gusto. Si no es así, morimos. También las obras, las más grandes obras, si no producen un mínimo, al menos un mínimo de bien para uno mismo, de gusto, tienen ya dentro la carcoma de la muerte. Lo siento.

Mirad cuántas obras de caridad nacieron durante los siglos pasados. Italia está llena de estas obras y, sin embargo, hoy ya están acabadas, son museos. Son estructuras enormes que cuando pasas cerca te dan ganas de llorar. Estaban ya muertas desde el principio, no han muerto después. Tenían dentro la carcoma de la muerte porque no estaba presente este “para mí”.

Servicio. Las obras de caridad al servicio. La palabra servicio también es muy confusa. Pensando en mí mismo, como trabajo yo realmente en mi tarea, es realmente una gran confusión.

¿Qué quiere decir, al servicio? Porque si es Dios el que actúa en la historia y la caridad es Jesús que vive en la historia con esta pasión por sí mismo y por su relación con el Misterio, el servicio es el “don conmovido de sí mismo a este Misterio que me ha aferrado”. No hay otra forma de describir el servicio y si no es obra de este don conmovido de sí mismo, ¿para qué sirve?

La libertad se ve, se gusta y se ama, si entre nosotros alguien, uno, basta uno, vive las circunstancias cotidianas con esta conmoción. A mí me impresionó mucho una carta de una amiga africana, Rose, que cuando hubo un terremoto en los Abruzzos, contaba que esta conmoción les hizo decir: “vamos corriendo a Italia a ayudar a sacar a los muertos de debajo de los escombros”. Yo me preguntaba, ¿por qué, yo que estoy aquí en Italia, no me he

conmovido así? ¿Qué tengo que hacer para conmoverme y moverme? No lo sé. ¿Es un esfuerzo? ¿Tengo que convencerme? Si no se llega a esta conmoción, la libertad es imposible. Entre nosotros usamos esta frase: “dar la vida por la obra de Otro”. En el origen de todo está, esta cuestión del servicio. Estar continuamente trabajando y finalmente aprender a responder y a llamar por su nombre a Aquel que responde verdaderamente a mi necesidad, esto es estar al servicio.

Al servicio ¿de qué?, de la libertad y por fin llegamos a la **libertad**. Es sencillo, al servicio ¿de qué?, de un hombre, de mí mismo, de ti que trabajas conmigo, de vosotros que trabajáis conmigo, para que esta experiencia que acabamos de describir pueda ser una experiencia cotidiana. Al servicio de la libertad, para que a cada uno de nosotros se le permita realizar este camino consciente en las circunstancias, en del trabajo, en la obra, en cada cosa concreta en la que el Señor me ha puesto.

La libertad no es ponerse de acuerdo sobre lo que hacer. La palabra libertad también se presta a confusión. La libertad es tan sencilla que si fuera claro y evidente, totalmente evidente, cuál es el bien de la vida no nos costaría nada seguirlo. La libertad es un lío porque no está todavía claro hasta el fondo el objeto de nuestro amor.

¿Por qué es una gran confusión? Porque todavía estamos en la niebla, muchas veces ese Tú está en la niebla y por tanto desenfocado y nos agarramos a las cosas que en este instante vemos cerca, como si detrás de la niebla no hubiera nada. Pero si este tú se me planta delante y empiezan a dibujarse sus rasgos, la libertad se convierte en un himno al abrazo, un himno al amor. Entonces comprendemos lo que quería decir san Pablo.

En favor de la persona. Dios ha creado todo por su obra que es ese hombre concreto, todo está al servicio del objeto de nuestro vivir, que es esta relación que me ha llamado, gritado, y reclamado a través de la persona que tengo delante. En favor de la persona mirada y abrazada a partir de la dignidad que tiene que es su relación directa con este Misterio.

La libertad es llegar hasta aquí. Si no miráis a vuestra mujer, marido o hijos con esta conciencia en el corazón, la conciencia de que él igual que tú es relación directa con el Misterio, en la relación vence otra cosa. ¿Cosas malas? ¡No!, pero vencen otras cosas. Esto está es el origen de la muerte, nunca vencerá la libertad. La libertad es poderte adherir al Misterio que te abraza, te acoge y te sale al encuentro y si yo elimino esto, no es que sea malo o un cretino, es el principio de la muerte, mía, del otro y de la obra.

Me viene a la mente el bonito ejemplo que pone Jesús en el Evangelio: el hombre que construye la casa sobre la roca y el que construye sobre arena. Son dos hombres estupendos, uno no es idiota y el otro estúpido, no. Los dos hacen lo mismo, los dos se esfuerzan por su familia, trabajan muchísimo para recoger dinero, los dos construyen la casa lo mejor posible. Los dos hacen lo mismo. Pero una se cae, es así, es un desastre y el desastre será grande. ¿Dónde está la diferencia entre estos dos hombres? Uno ha eliminado el Misterio, el Misterio para sí mismo, no para los demás, y de hecho eliminamos a Jesús. No porque dejemos de hablar de Él, sino porque eliminamos la posibilidad que Dios ha puesto en el corazón del

hombre desde el origen de la creación. Hecho a imagen y semejanza de Dios. Eliminamos a Jesús, el único para el cual esta relación era la consistencia de cada instante.

No estoy hablando de capacidades, es en lo último en que pienso. Estoy hablando de una concepción de ti mismo que empieza a aferrarte, a fascinarte. Quien se encuentra con vuestras obras se conmueve y yo también. ¿Por qué se conmueven? Por esto que nadie sabe explicar que es el Misterio entre nosotros, seamos conscientes o no. Lo que fascina es algo diferente, algo distinto que les hace preguntar: ¿qué es lo que les hace estar juntos a éstos? ¿cómo es posible que seáis así? No es la obra, lo siento pero esta es la idea que a veces tenéis.

Hay muchísimas obras más bonitas. En el mundo anglosajón hay muchas obras que funcionan bien, hospitales..., de todo, todo perfecto, pero no se ve ni la sombra del Misterio, es decir, en favor de la libertad, en favor de ese movimiento de la persona que se adhiere al destino, que es mi destino y el destino del otro.

Una persona que sea así ¿qué es lo que produce cuando se levanta por la mañana? ¿qué es lo que hace que suceda? Lo más extraordinario que pueda suceder, que quien te encuentra se queda fascinado ¿de qué?, ¿de ti? No, no me hagáis reír. Esto es lo que desea el corazón de todos los hombres. Así, gracias a Dios, eliminamos el problema de que en nuestra obra tenemos que contratar cristianos o los que tienen el carné, los que llevan 12-13 años ya de cristianos. Si hacía falta algo previo, Jesús no habría hecho el cristianismo, porque allí no había nada, lo inventó Él. El cristianismo lo construyó Él y ¿cómo lo construyó? Atrayendo hacia sí un corazón que está ya hecho así. No tenéis que añadir nada. El corazón del hombre lo ha hecho Él ¿Cómo hago yo para mover el corazón del hombre? Dejad al Padre Eterno que mueve tu corazón y esto es ya una gracia.

¿Cuál es el regalo para el mundo? Una persona conmovida. ¿En qué se ve? En cómo te levantas por la mañana, cómo comes, cómo cantas, cómo entras en el colegio, cómo saludas a tu compañero. El regalo al mundo, es precisamente este yo conmovido, un yo libre, podríamos decir. ¿Qué quiere decir estar al servicio de la libertad? Que desde hoy ya no me puedo escapar. Basta ya, dejemos ya de escondernos en las circunstancias, en las cosas, en los otros, en las dificultades, son todo mentiras. Tú, ¿estás dispuesto a hacer este camino, este recorrido para poder gustar tu humanidad? Éste es el regalo que podemos hacernos los unos a los otros, y a nuestras obras. Una asociación de hombres libres, una amistad, llamémosle así, de hombres libres.

La primera cuestión es que no le cavemos la tumba a nuestras obras pensando que la tarea de nuestra vida es la obra en sí misma. Porque esto es cavar la tumba y no pensemos que esto no nos afecta, que es un problema de los demás, no, es un problema nuestro. Somos hijos de nuestro tiempo, pecadores como los demás, es más, más pecadores porque creemos que no lo somos, somos peores que los demás desde este punto de vista. Es muy fácil trasladar la mirada de un Tú abrazado, amado y deseado y a veces traicionado, no me importa, a lo que hago.

Os voy a poner un ejemplo, yo estuve diez años en Kazajistán. Al principio, cuando llegamos allí no había nada, pero nada de nada. No había curas, ni monjas. No había iglesias, ni parroquias, ni cristianos. Empezamos a vivir en un apartamento de los del sistema soviético, horrible, no había luz, era una cosa impresionante, no había nada. Estabas tú y el Misterio. Era tan claro,

que si faltaba el Misterio en ese instante, ¿qué hacíamos allí? Cuántas veces mirándonos Edo y yo decíamos: tú y yo aquí ¿qué hacemos? Somos como María y José en el portal de Belén. Estaban los dos solos con Jesús. Esta pobreza nos obligaba a estar delante de esto. Después llegó algún sacerdote más, compramos un apartamento para que los chicos que íbamos conociendo pudieran reunirse. Inmediatamente en esta relación, entre tú y el Misterio se interpone el apartamento. Estás tú, el Misterio y el apartamento. Ya tienes algo muy concreto, el apartamento que sirve para reunirnos con los chicos etc., pero después del apartamento el obispo nos da la parroquia y tenemos que construir la iglesia. En un determinado momento estás tú, el apartamento, tus amigos y la iglesia que hay que construir, y el Misterio que estaba tan claro en el origen, si no se abraza en cada instante, se convierte en una idea, en una inspiración. Aparcas el Misterio y las cosas empiezan a ocupar su lugar, el apartamento, la casa y la Iglesia que hay que construir, los niños que se mueren de hambre, los que se mueren de frío, y casi sin darte cuenta eliminas el Misterio. Estoy hablando de una experiencia extraordinaria, de obras que continúan. Pero si no nos ayudamos en esto, si no hay uno por lo menos entre nosotros libre que nos lo recuerde a todos, estamos cavándonos la tumba a nosotros mismos, a los que el Padre Eterno nos hace encontrar en las obras y también a las propias obras. ¿Os dais cuenta? Esto es un riesgo impresionante, poner nuestra consistencia en la obra y no en el afecto que nos ha aferrado y que nos ha movido y conmovido para ponernos en marcha, en movimiento y trabajar.

Y esto no vale sólo para el jefe, para el que ha hecho la obra. Podemos pensar “yo estoy aquí para trabajar, esto no es cosa mía”, no. Vale para todos. El jefe, el responsable, pondrá su consistencia en la obra que ha creado, pero el otro, el que trabaja allí pondrá su consistencia en lo que hace. Os pongo un ejemplo: el que gestiona los vestuarios del campo deportivo, no es el jefe, sino el que tiene la llave del vestuario y puede poner su consistencia en esta llave y si tú quieres irte a duchar, él te tiene que abrir, y si le tocas las narices tardará en abrirte diez minutos. Y la llave del vestuario se puede convertir en la consistencia de la vida. Cada uno que piense en sí mismo. No es cuestión de los responsables, de los fundadores. Muchas veces vivimos nosotros así, poniendo la consistencia en estas cosas. Y luego algunos me dicen “No estoy contento”, claro, mirémonos en la experiencia, observémonos en acción.

Todos somos esclavos del resultado. Queríamos ser libres del resultado. Yo no tengo el secreto para ser libre del resultado, pero veo cuándo un hombre es libre; el resultado no es tuyo, no está en tus manos. El resultado es un don, una gracia, es un misterio. Hace un mes estábamos aquí con don Giorgio Pontigia pensando en su vida, en su historia, haciendo planes para el futuro y hoy estamos aquí rezando por él porque ya forma parte de la comunión de los santos. ¿Es cosa mía el resultado?

La alegría no es un esfuerzo, la alegría es la seguridad de que Cristo está, de que Cristo ha respondido ya, de que te ha aferrado y que hoy de una forma misteriosa quiere de nuevo encontrarse contigo en la forma en que Él decida. ¿Veréis triste a alguien que sabe que va a llegar su novia desde Catania? Tiene la novia en Catania que viene cada dos meses en tren, y no sabe bien el horario en el que va a llegar. Antiguamente no había trenes de alta velocidad. Llega a la estación de Milán ¿estará triste mientras espera a su novia? No sabe muy bien a qué hora llega, cómo va vestida, pero está en tensión para reconocerla, para verla. La alegría es

eso, es una tensión para reconocer al Misterio entre nosotros y el signo de que estamos siendo libres es la alegría.

El otro signo extraordinario de un hombre libre ¿cuál es? La **corrección**. Pensad en la madre con el niño pequeño que está en tercero de infantil y empieza a hacer palotes en los cuadernos cuadriculados. Primero el palito recto, y luego oblicuo, cosas absurdas porque el niño no puede coger ni siquiera el lápiz, rompe la hoja y su madre le dice, ¡qué estupendo, qué bien lo haces! Estos horribles dibujos que os traen vuestros hijos ¡qué bonito! ¿Bonito? ¿Por qué con el niño estamos todos tan dispuestos a decir “qué bonito” y entre nosotros adultos estamos con el fusil apuntando dispuestos a matarnos? ¿Por qué? Cambia la modalidad, cambia el corazón ¿qué es lo que cambia? Que en la relación con el niño te ayudan los regalos que nos ha hecho el Padre eterno, te ayuda la naturaleza afectiva, el conocimiento afectivo. De adulto tienes que tener razones, tienes que haber experimentado que el Padre eterno hace lo mismo contigo, ¿cuántos palotes hemos hecho rectos en nuestra vida? Y el Padre eterno ¿qué hace? Nos dice siempre: ¡qué bien lo haces!

Voy a citar dos ejemplos del Santo Padre que me parecen desde este punto de vista extraordinarios. El primero es una homilía que ha tenido en un encuentro con los obispos de Suiza en la que dice que si miramos la realidad parecería que en el fondo Dios es un perdedor, ha hecho el mundo, ha hecho todo y después Adán y Eva empiezan el lío, Caín y Abel se matan, la torre de Babel, si recorremos la historia parecería un perdedor. En cambio, cada no del hombre obliga a Dios a encontrar otro camino para que el hombre pueda decir sí. Entonces comprendo lo qué es la libertad. Cada no del hombre obliga a Dios a encontrar otro camino para que le pueda reconocer, le pueda saltar a los brazos y decirle sí.

El otro ejemplo es que hace poco tiempo le decía a los sacerdotes hablando de la confesión: ¿vosotros pensáis cuando vais a confesaros que Dios es tan ingenuo que no sabe ya que inmediatamente después de la confesión vais a seguir cometiendo pecados? ¿Es tan estúpido como para pensar que ésta es la última vez, la definitiva? Dios quiere tener el gusto de seguir personándoos. Tomemos estas dos afirmaciones del papa y preguntémosnos: ¿quieres que alguien te mire así? Nos daremos cuenta de que querríamos que tuvieran siempre esta mirada porque el corazón del hombre está hecho así. Por menos de esto nosotros no queremos vivir, no queremos estar juntos. Yo quiero que me miren así. Y no es sólo un deseo, es la forma con la que el Señor nos mira y que se convierte en una forma normal de la relación entre nosotros y que en la vida cotidiana toma la forma de la corrección, es decir, no de machacarse los unos a los otros, sino de sostenerse juntos y afrontar juntos la fatiga de la vida, el abrazo del Misterio. Es sostenerse mutuamente, es más, dejarse sostener juntos por Cristo presente entre nosotros. Pensad qué bello que la obra pueda convertirse en el signo de esta corrección, de este sostenerse mutuamente. También el error se transforma en afecto, no en un juicio sobre el otro.

¿Cómo comprendo que soy libre? Porque me enamoro realmente de lo que tengo que hacer. No es que hayamos hecho aquí un buen discurso, hayamos dado las directrices y ahora cada uno vuelve a su trabajo. El signo de que esto es verdad es una pasión real por lo que estás llamado a hacer y si tienes que barrer o limpiar lo haces teniendo en cuenta lo que hemos dicho. Estoy hablando de limpiar una habitación pero en vuestras obras tratáis con personas.

El objeto de esta limpieza, de este afecto es un hombre, es más, normalmente un hombre necesitado y muchas veces el hecho de que esté necesitado nos juega una mala pasada, nos engaña, ¿por qué? Decimos: “pobrecillo, en el fondo no entiende nada, es un desafortunado que no estudia y no quiere estudiar”. ¿Dónde se ve la libertad? En una persona que actúa, en la forma, en la modalidad, en la circunstancia, en la tarea, en el trabajo que hacéis según el contrato que habéis firmado. No es abstracto ¿comprendéis? Qué belleza trabajar cuando alguien lo hace con la conciencia de ser abrazado.

Todo esto de lo que hemos hablado se ve en acto en el trabajo sencillo que se nos pide. A mí me han pedido que sea rector de un colegio, a él se le pide otra cosa, a otro, otra. Es necesario el afecto al trabajo que se me ha confiado. Vosotros que tratáis con personas con su humanidad herida, con dificultades, con problemas ¿cómo podéis mirarles a la cara? Intuyo que si no es verdad todo esto que hemos dicho, estamos muertos. Yo estoy herido como todos los hombres, no tengo esas “enfermedades”, problemas o líos. Pero si yo no puedo responder a mi necesidad, cómo voy a responder a la necesidad de ese chico o de ese enfermo, ¿cómo voy a mirarlo? Sólo la ternura de alguien por nosotros y el afecto hacia nosotros mismos, nos permitirán estar delante de esta humanidad herida, y no creáis, y este es el punto al que quiero llegar, que para ellos es diferente el recorrido, eso es mentira también.

Me impresionó mucho Giancarlo Cesana que hablando de los niños Down decía que el problema de los niños Down es que les miramos como Down, pero ellos no se sienten Down, se sienten personas iguales que los demás. Pensé: es verdad, sabéis muy bien que los niños Down son una carga explosiva de afectividad que casi da miedo, el verdadero problema suyo es esta cuestión, que si le cogen afecto a alguien te comen, pero son iguales que yo, exactamente iguales que yo.

Giorgio Vittadini el otro día en un encuentro intervino hablando de la experiencia que ha vivido con Giorgio Pontigia y decía: “yo miraba a mi amigo en coma y pensaba: éste es igual que yo, este hombre tiene la misma dignidad que yo”. Este camino de libertad que consiste en ser abrazados por el Misterio es la única respuesta, y la única posibilidad para todos. No nos engañemos pensando que el otro vale menos. De la forma y en las circunstancias que el Señor quiera, ellos también tienen no sólo la posibilidad, sino el derecho de hacer este camino de libertad que estamos haciendo. Harán falta una, cien o mil caricias del Nazareno, eso sí. Porque el Señor ha usado este método desde el principio, eligió uno para llegar a diez, eligió diez para llegar a cien, cien para llegar a mil. Si Dios os confía una persona es porque se quiere encontrar con ella y lo podrá hacer a través de ti, a través de tu libertad, de tu humanidad cambiada.

A este propósito pensad qué regalo tan grande y bello nos ha hecho el Padre Eterno estos años poniéndonos delante a Vicky, enferma de sida, abandonada por su marido, no me parece una situación estupenda; al padre Aldo, deprimido, que sigue deprimido, todavía en el Meeting decía: yo no duermo por la noche, tengo que tomar pastillas; a los amigos de la cárcel, con la dramaticidad del mal que han cometido, que han reconocido, y cuyas consecuencias están sufriendo en este momento en la cárcel. Este verano he conocido también a la señora Coletta, es impresionante, muere su hijo, le matan el marido. En este momento Dios nos ha puesto

delante algunas personas para decirnos: “mirad que Yo verdaderamente puedo salir al encuentro de quien quiero”.

Hay dos grandes riesgos a mi entender que tenemos que juzgar juntos este año. **No podemos responder a todo**, esto es realmente una cuestión radical, porque la obra se parece mucho a una empresa profit, a una empresa normal. Con mis amigos de Kazajistan hace años pusimos juntos en marcha una pequeña fábrica de mozzarella. Lo que hicimos anteriormente no funcionó, era una fábrica para vender bombines de bicicletas en un país donde no hay bicicletas, era una cosa absurda. Más tarde comprendí que esto sirvió para lo que vino después. No hay que obstinarse. Si nos hubiéramos obstinado habríamos creado un gran agujero económico por seguir una idea nuestra. En cambio, en un determinado momento empezamos a fabricar mozzarella y a venderla. Iba tan bien el trabajo que para continuar con el negocio había que crecer como empresa.

En vuestras obras no es así, tenéis que tener la libertad, todos tenemos que tener la libertad de mantener la conciencia de un punto educativo, de un punto ejemplar. Otra cosa que pensaba estos días es que Jesús podía haber elegido Roma. Si hubiera elegido Roma como lugar donde vivir y trabajar habría podido hacer muchas más cosas. También pensaba en el trabajo que hizo Jesús, tres años. Hasta los treinta años no se sabe qué hizo, ser hijo. Los tres años de vida pública son el resultado de la conciencia de la que hemos hablado. De hecho trabajó tres años, de los treinta a los treinta y tres. En tres años lo hizo todo.

Yo trataba de ensimismarme con esto riéndome un poco, allí había muchos cojos. El cojo que seguía siendo cojo y que estaba al lado del otro al que había curado. A uno sí y al otro no. Y ese quién era, el desafortunado, el desgraciado que Jesús no curó, ¿por qué? Podría haber curado a todos, ya que estaba, por lo menos a los de Palestina. Sin embargo dijo: “a los pobres los tendréis siempre con vosotros”. A uno para que sirva de ejemplo, para que crezca la conciencia de que todo es relación con el Misterio y que Dios realmente puede llenar el corazón del hombre.

No estoy diciendo que las obras no tienen que crecer, depende. Lo que hace falta es realismo, lo siento, no podemos decir que es mejor cien que diez. No es mejor tener familia que no tenerla. Esta es una de mis frases históricas, me la dijo un amigo mío, Dima, de Kazajistán, que es huérfano. Me dijo que él siendo huérfano ha encontrado CL, ha encontrado la fe y ha encontrado a Jesús, por tanto ha encontrado la libertad y me dijo: “Eugenio, no siempre ser huérfano es peor”. No tenemos que arreglar los problemas de todo el mundo, ni curar a todos los enfermos, ni hacer una obra que ya está haciendo otro. Si hay una obra en medio de nosotros que ya ha empezado el camino, que tal vez, se me ocurre a mí, ¿por qué tengo que hacer otra obra? Por ejemplo, estoy pensando en los colegios, esto también es una provocación que os lanzo.

Y por último, el **dinero** es la circunstancia objetiva y concreta de lo que Dios quiere de mí. Os pongo un ejemplo: el otro día vino una persona al colegio a verme a mi despacho y me dijo: Eugenio he inscrito a mis tres hijos en este colegio porque es estupendo, es el colegio mejor del mundo, pero no tengo dinero. Y yo le dije: “me alegro de que me diga que este colegio es estupendo pero vuelva a la secretaría y desapunte a sus hijos”. ¿Entendéis esto? Ayudémonos. Es objetivo, es sencillo, si Dios quiere una cosa dará todas las posibilidades, también las

económicas, para llevarla adelante. Muchas veces nuestras obras, permitidme, espero que no cree confusión lo que estoy diciendo, nuestras obras son siervas de los políticos de turno. ¿Queréis ser siervos de los políticos -digo políticos y meto dentro todo- o queréis ser siervos de Dios? Ciertamente los políticos sirven. Hay amigos nuestros trabajando en política, es bueno que empiecen a percibir que lo que vosotros hacéis, es la única forma de trabajar y de construir el estado y, por tanto, que nos reconozcan, que nos vean y nos apoyen. Pero basta de ser siervos de los políticos para tener en pie una obra sin la cual yo me siento inferior. Si alguien tiene dificultades nos ayudamos, hablamos, nos corregimos, pero basta de estar en manos de los políticos de turno que después cambian cada año para correr detrás de ellos como siervos. ¿Esto es una obra cristiana? Y después a lo mejor decimos el Ángelus al empezar las clases y nuestras obras están llenas, como muchas obras religiosas antiguas, de estatuas de la Virgen y del Sagrado Corazón en cada planta. Atentos para no confundir lo religioso. Nuestras obras no son religiosas porque rezamos el Ángelus al principio y al final o porque tenemos una estatua de la Virgen o del Sagrado Corazón. Atentos, porque si construimos una obra sin el afecto y abrazo del Misterio construimos un yo contra la libertad, con la bendición de la Virgen y del Sagrado Corazón de Jesús. A mí algo así, realmente, sólo me hace llorar.